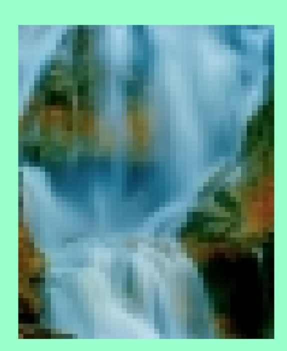


Sinombre, la niña se las llevó a la huerta del Cortijo de la Viña y las tres se volvieron locas de contentas. Tú lo viste como yo. Les deslumbraban los caquis colgando de las ramas ya dulces, los racimos de uvas que entre las pámpanas quedan, los tomates maduros, las granadas abiertas y los amarillentos membrillos. Y, desde su asombro, repetían:

- Esto es como un paraíso que nosotras no hemos visto nunca. En Rusia las cosas no son así.

Les cogía, el amigo de la niña, los caquis más blandicos que colgaban de las ramas y se los ofrecía para que se los comieran. Y, en cuanto los probaron, con qué expresiones más sinceras agradecían el sabor dulce de la fruta. Ariela se los comía con avidez mientras aclaraba:

- Nunca en mi vida he probado algo tan bueno.

SINOMBRE Y YO -VIII

LAS TRES AMIGAS

José Gómez Muñoz